esto porque la codificación en los países que no tienen una tradición propia en el *ius commune* significa la romanización de su Derecho.

En este contexto, la obra en comento adopta una postura clara desde su título, el Derecho romano es una introducción al Derecho, y como tal, no se dedica simplemente a la ardua labor de explicarlo, sino que lo relaciona con las disposiciones del Derecho positivo cada vez que tiene ocasión de hacerlo. A pesar de la complejidad de la meta propuesta, los autores han tenido la habilidad de no recargar el texto principal de la obra con demasiada información, el cual resulta de lectura simple y agradable, perfectamente comprensible para el alumno de primer año, aún lego en la materia. La riqueza de la obra está en sus notas, que conectan las fuentes romanas con las disposiciones del Derecho positivo, a la manera de concordancias en algún sentido similares a las que García Goyena realizó para redactar su proyecto de Código español.

La obra comienza con lo que solemos denominar la Historia externa, incorporando esquemas y tablas que facilitan la comprensión de los mil y tantos años de anécdotas que llamamos Historia de Roma. A continuación trata de las fuentes del Derecho objetivo y luego expone la dogmática romana siguiendo el tradicional orden Pandectista. En fin, para finalizar sólo deseamos expresar nuestros parabienes a los autores de un texto grato y que, sin duda, formará a varias generaciones de abogados y juristas murcianos.

Carlos AMUNÁTEGUI PERELLÓ
Pontificia Universidad Católica de Chile

DOMÍNGUEZ LÓPEZ, Esther, *La legítima defensa en el Derecho romano con referencia a la dogmática moderna* (con “Prólogo” de Antonio Ortega Carrillo de Albornoz, Madrid, Dykinson, 2011), 197 págs.

La monografía que se comenta en la presente recensión, recién salida de los tórculos de la prestigiosa editorial Dykinson de Madrid, donde también acaba de aparecer el libro de Consuelo Carrasco García sobre *¿Legado de deuda? A vueltas con la Pandectística*, de 158 pp., versa sobre un tema que ha sido amplia y pormenorizadamente estudiado por la doctrina romanística moderna, por su gran trascendencia en el ámbito de la responsabilidad penal. La construcción dogmática de la legítima defensa es en efecto un producto relativamente moderno, desarrollado por obra de la jurisprudencia y la doctrina, que con sus diversas y dispares, hasta encontradas en circunstancias diversas, propuestas de interpretación, han ido pergeñando y sentando, con resultados prácticamente aceptados, los elementos claves para la apreciación de la referida causa de exclusión de la antijuricidad de la conducta. La obra que nos ocupa en la presente coyunda, que responde al título de *La legítima defensa en el Derecho Romano con referencia a la dogmática moderna*, tiene el doble mérito, evidenciado ya en el propio título, de un lado, de abordar el estudio de una cuestión cuyo estudio, advierte Esther Domínguez López, profesora titular de Derecho romano de la Universidad de Málaga y formada en Málaga, Madrid y París, “ha sido tradicionalmente descuidado por la doctrina romanística, que de ordinario se ha limitado a dedicarle unas pocas líneas, insertas normalmente en trabajos más generales a propósito de la *Lex Aquilia de damno*, dando por supuesto su reconocimiento desde el más antiguo

Derecho romano”. Y esto contrasta, apostilla asimismo Domínguez López, que ha llevado a cabo esta investigación en buena parte en elegantes y bien documentadas bibliotecas parisinas, con la “abundante literatura que la doctrina romanística ha desarrollado en torno a las más diversas y dispares cuestiones, relacionadas con todas las parcelas del saber jurídico romano”. De otra parte, y este sería otro mérito a destacar, E. Domínguez no se equivoca al poner en conexión el estudio de las fuentes romanas con la configuración actual de la “legítima defensa”, realizando un considerable esfuerzo por la dificultad que entraña para el estudioso del Derecho romano, guiarse en un terreno que, en principio, le es ajeno. Con total honestidad, advierte en la propia introducción e insiste a lo largo de su obra, que en este punto su labor ha consistido en exponer de una forma clara y sistemática, sin aportación crítica personal, los que se pueden considerar resultados admitidos por el sector más representativo de la ciencia penal actual.

Dos partes bien diferenciadas, aunque presentadas en una perfecta dialéctica, pueden distinguirse en este trabajo. La primera, que se identifica precisamente con el capítulo primero de la obra, en la que se parte de la regulación actual que el vigente Código penal español hace de la referida eximente en su art. 20.4, para proceder a partir de ahí a la explicación, sistemática y detallada, de los diversos elementos, esenciales y accidentales, sobre los que se vertebra la legítima defensa. A tales efectos, como se ha expuesto, Domínguez López lleva a cabo un riguroso y correctamente planteado rastreo de las opiniones vertidas y criterios sostenidos por la doctrina penal española y la jurisprudencia criminal de los Tribunales del Estado español, tomando como punto de referencia de todo su desarrollo posterior, éas que pueden considerarse mayoritariamente aceptadas.

La segunda parte del libro, a la que corresponderían los dos capítulos sucesivos, la dedica E. Domínguez al estudio en profundidad de la “legítima defensa” en el ordenamiento jurídico romano. Se principia esta parte del trabajo, que constituye el núcleo principal del mismo, con un primer capítulo (el segundo de la obra), en la que la autora lleva a cabo unas previas y muy convenientes precisiones etimológicas, a propósito de los vocablos utilizados en las fuentes romanas en referencia a la legítima defensa. En su opinión, la esencia romana de la referida eximente se concentra en el apotegma “*vim vi repellere licet*”, en que juristas y literatos basan la idea de legítima defensa de los propios intereses. En este sentido, cree conveniente Domínguez López, y tal vez acierta según nuestra modesta opinión, discriminar otras formas antiguas de autotutela privada, como la ley del talión (“*talis-qualis*”) que se apartan conceptual y esencialmente del instituto objeto de estudio. A continuación, y dentro de este mismo capítulo, se detiene Domínguez en el estudio de la naturaleza jurídica de la legítima defensa, tal y como fue contemplada por los juristas romanos. Manifestando un dominio claro de la cuestión tratada, la autora realiza un exhaustivo y preciso análisis del término “*iniuria*”, con el que se vendría a expresar, según demuestra con su examen textual, la idea romana de la antijuridicidad. No obstante, su examen le lleva a concluir que se no se puede establecer una plena identificación entre la noción romana de “antijuridicidad”, entendida como acto “*non iure factum*” o “*iniure*” y lo que actualmente se entiende por tal, como noción perfectamente delimitada y separada de la “culpabilidad”, pues el concepto romano de “*iniuria*”, segura, invade en ocasiones parcelas propias del ámbito de la imputabilidad de la conducta. Así las cosas, advierte finalmente la autora, a modo de conclusión, del “problema con que tropieza el romanista, cuando trata de trasladar las actuales categorías dogmáticas al

estudio de las fuentes romanas. La forma en que se relacionan y confunden en estos textos los referidos conceptos de “iniuria” y culpa, a los que la moderna dogmática penal conectaría, respectivamente, las nociones de la “antijuridicidad” y de la “imputabilidad”, constituye una prueba fehaciente en tal sentido”.

En esta segunda parte del libro, dedicado al estudio de la legítima defensa en el Derecho romano, se integra finalmente el tercer capítulo de la obra, a su vez subdividido en dos partes que se relacionan y se complementan de forma armónica. La primera, en la que E. Domínguez lleva a cabo un pormenorizado estudio de diversas fuentes, literarias y jurídicas, tratando de localizar en las mismas las posibles y probables manifestaciones concretas de la legítima defensa. En este sentido, se apoya decididamente en el testimonio de Cicerón, recogido en su célebre arenga *Pro Milone*, de la que la autora realiza un detenido estudio. Examen que se completa con el análisis de otras numerosas fuentes jurídicas, que en su opinión testimonian fehacientemente el conocimiento y aplicación de la legítima defensa, desde el más antiguo ordenamiento jurídico romano. En la segunda y última parte de este tercer y crucial capítulo, intitulado precisamente “Intento de reconstrucción dogmática de la legítima defensa en el Derecho romano”, Esther Domínguez realiza un encomiable esfuerzo tratando de trasladar a las fuentes romanas los resultados logrados por la moderna doctrina penalística moderna, en relación con la configuración dogmática de la eximente. Partiendo de los resultados obtenidos mediante el examen textual que realiza en la primera parte de este capítulo, acomete ahora la autora el estudio de las fuentes romanas desde la sistemática actual, examinando uno por uno los diversos requisitos o ingredientes necesarios para que pueda hablarse de “legítima defensa”, determinando el modo en que tales requisitos eran tenidos en cuenta, y en qué medida valorados, por la jurisprudencia romana, conduciéndose en todo momento la autora con la máxima cautela que se aconseja en estos casos, como advertía expresamente desde el inicio de su obra.

La obra se concluye con un apartado dedicado a exponer las conclusiones avanzadas a lo largo del mismo, así como un índice de la principal bibliografía consultada, y de las fuentes analizadas. Sumamente ilustrativas del espíritu de la obra y buen hacer de su autora, nos resultan las palabras con que la misma pone término final a su exposición, en la parte última de sus “Consideraciones conclusivas”. Nos limitamos a transcribirlas: “Aunque en muchas ocasiones no podemos prescindir de las construcciones dogmáticas, y a ellas hemos sucumbido en el presente estudio, se pone de manifiesto una vez más, la dificultad que encuentra el romanista en muchas ocasiones, al trabajar las fuentes romanas partiendo de ideas y conceptos que no encuentran perfecto acomodo en los planteamientos allí desenvueltos. Por lo que siempre será aconsejable la mayor de las cautelas, a riesgo *diverso sensu* de ensombrecer la riqueza y la diversidad del genio jurídico romano, encorsetado en rígidas y estancas construcciones doctrinales”.

En suma, nos encontramos ante un libro riguroso, que aborda una temática de enorme complejidad a la vez que de gran trascendencia, y que creemos deberá ser tenido en cuenta por todo aquel que proyecte su estudio sobre la legítima defensa en el derecho romano, constituyendo en este sentido un ineludible y muy útil punto de referencia.

Manuel J. PELÁEZ
Universidad de Málaga, España